

SUS SECRETOS DE BELLEZA

CUAL es su secreto de belleza? preguntó un día a Norma Shearer un periodista americano. Preguntó a la cual la deliciosa star respondió únicamente con su sonrisa ideal.

Tuve más suerte, en verdad, que este periodista. Al pasar Norma por París quiso recibirme y contestar a mis preguntas, las más indiscretas.

—¿Mis secretos de belleza? Pero yo no tengo secretos. Preservo, sobre todo, mi salud porque la belleza y la salud son, a mi parecer, muy cercanos el uno del otro. Mi fórmula está en las palabras: ejercicio, baile, masaje, andar. El baile es seguro para tener una forma física excelente. En cuanto a andar soy fanática de ello.

No conozco, en efecto, nada tan agradable como andar después de la lluvia, y respirar el aire húmedo en invierno y seco en verano.

Norma Shearer había hablado con una voz clara y vibrante.

Estaba delante de una pequeña ventana, alta y esbelta con un traje de color myosotis, que recordaba el color de sus ojos.

Con un rápido movimiento vino a sentarse ante mí. Observé, entonces, que aún no se había arreglado la cara.

—¿Es para preservar la luminosidad de su cutis por lo que usa usted tan poca pintura?

Sonrió con su sonrisa franca y clara que tantas veces hemos admirado en la pantalla.

—Si—dijo—hay esta razón, nada es nocivo a la claridad del cutis como el dejarse en ellos los polvos y grasas. No digo que haya que prescindir de ellos, porque tenemos siempre necesidad de acentuar algo en el rostro que no nos parece perfecto. No es bastante pintarse mucho para conservar una piel fina. Hay que tener cuidado sobre todo en limpiarla bien. Por mi parte empleo un método que me gusta mucho. Todas las noches limpio mi rostro con aceite puro; este aceite quita la pintura y

el polvo del día. Después me lavo con agua fría y jabón, y después del lavado viene una buena aplicación

Ahora conoce usted mi secreto de belleza que, como ve, tanto para el cuerpo como para la cara son sumamente sencillos.

Creo yo, firmemente, que todas las mujeres que lo emplearan estarían sumamente satisfechas de ellos.

Estos son los secretos de Norma Shearer, y podemos ver que casi todos los secretos de las artistas son por igual.

Dorothy Janis, célebre por su cutis y su silueta juvenil, alaba el baile y el ejercicio, la equitación y las duchas de agua fría. Las tres hermanas que están en camino de ser célebres, que son las tres hermanas Sally Blane, Janet Young y Dolly Ann Young, tienen solamente un secreto de belleza. Una fórmula de cold-cream que emplean en su familia desde hace tres generaciones. Lupe Vélez, que tiene unos cabellos negros preciosos, entretiene su colorido y su brillantez aplicándose aceite de olivas calientes, antes del lavado.

Pero si para las estrellas el tipo, el cutis y el cabello es importante, no hay que olvidar también los ojos.

Collen Moore, quizás no tuviera los ojos tan brillantes si cada día no los refrescara con cierta loción.

Las pestañas largas de Mary Pickford, Norma Talmadge, Billie Dove, Corinne Griffith, que dan a su mirada un atractivo tan especial, son cuidadosamente pasadas con vaselina cada noche.

Este sistema les da largura y espesor.

Quizás no haya más artistas que la picaresca Sue Carol y Greta Garbo, que no usan nada para su belleza, que es juvenil y natural... pero ya vendrá.

De manera que ya sabéis los secretos de la artista, pero recordad las palabras de Norma Shearer:

«—La mujer que tiene el cutis bello no necesita maquillajes excesivos... Estos son, muchas veces, contraproducentes.»

del cold-cream. Guardo el cold-cream durante mi baño. Luego me seco dulcemente y me acuesto.



CHIP

LOS DOBLES EN EL CINE PARLANTE

QUE son los dobles? Sencillamente, no se trata de más caso que el de un personaje de cine que esté doblado por otro.

Naturalmente, esto que a simple vista podría parecer extraño, tiene una perfecta explicación. Puesto que había que hablar en inglés para hacer el cine parlante, y un inglés perfecto, sin equivocación ninguna, ¿cómo era posible que todos los artistas extranjeros en Hollywood pudieran filmar en cine parlante?

Y, por otra parte, ¿era posible desaprovechar el talento de estos mismos artistas solamente por el lenguaje que tuvieron que emplear?

En Hollywood empezó el desfile de artistas extranjeros, con júbilo de los americanos, hasta que los directores se dieron cuenta que les marchaban muy buenos artistas, ídolos del público. Y vino la idea que todo lo salvó. ¿Por qué no tener dobles? Parlatos o cantores, era igual, y con esto se resolvía el problema y así hizo.

Naturalmente, al principio el público no sabía nada y probablemente en la actualidad aún no sabe nada, pero la verdad es que todas aquellas voces maravillosas de Laure La Plente, Richard Barthelmess, Barry Norton y Corinne Griffith no eran auténticas. Todos estos artistas en sus films ni hablan ni cantan. Se limitan a mover los labios hábilmente, lo cual requiere también una sincronización perfecta, cosa sumamente difícil y de muchísimo mérito. Laura La Plante toca el banjo y canta en «Show Boat»; pero eso es el público que lo cree y se entusiasma ante su linda voz. En realidad, no es ella la que canta, sino Emma Olivetti, y el que toca tan bien el banjo no es otro que un simpático negro.

Corinne Griffith, que toca el arpa en «La mjer divina» y canta, parece poseedora de dos talentos grandes, pero no creais nada de ello. La que canta y toca por ella es una llamada Zaty Clark.

Griffith no hizo más que aprender a mover los labios y los dedos, según una sincronización desde luego perfecta.

Barry Norton, en «Mather Knows bes» (Mamá lo sabe mejor), toca y hace ver que canta, pero, en realidad, no es él, sino Sherry Hall.

Richard Barthelmess hace ver que canta en «Weary River» (Río cansado), y la canción esta se ha popularizado por lo linda que es, pero en realidad, el joven artista no cantaba. Por él lo hacía un tenor llamado Jonny Murray.

Uno de los dobles más admirados y más inteligentes y pagados es Lawford Davidson, quien cobra quinientos dólares semanales por doblar la voz de Paul Lukas, que tiene un acento terriblemente extranjero. Pero Lukas es un actor de inmejorables condiciones, y no querían que se marchara; Lukas, de incógnito, fué salvado por Davidson.

Margarey Linvingston ha doblado maravillosamente a Luisa Brooks en el «Proceso del Canario», cuya sincronización ha sido un alarde de técnica. Vilma Banky, Gwen Lee, Bessie Love, Jacqueline Logan, Carmel Myers, Frances Lee y Leatrice Joy, se han opuesto a tener dobles.

Naturalmente, se están dando una tanda de lecciones de vocalización para obtener una voz clara y argentina.

Y el micrófono, en esto de las voces, está haciendo milagros, porque Alice White, en «Broadway Babies», está dando unas canciones con una voz que nunca habríamos podido sospechar, y que si bien para un escenario sería débil, para la pantalla está divinamente.

De las estrellas extranjeras, Jetta Goudal, Baclanova y Nils Asther, son las tres que más adelantos han hecho en la lengua inglesa, que pronto hablarán a la perfección, lo cual es mucho mejor, porque, naturalmente, una escena puede doblarse, pero toda una película es algo sumamente incómodo y que fastidia mucho a todos los directores.

De todos modos, hay inclusive dobles en figuras, así como Gloria Swanson tiene su doble en Paulina Starke, Vilna Banky en Jeannet Loff, Jack Mulhall en Eugene O'Brien, Norma Talmadge en Luisa Lorraine, Clara Bow en Sally Starr, Janet Gaynor e Margaret Churchill, Josefina Dunn e Elena Chandler, Gertrude Olmstead en Kay Johnson, Joan Crawford en Elen Twellettress.

¿Recordáis estas fotografías?

Sé perfectamente que algunos lectores y muchos espectadores pondrán el grito en el cielo al saber esto; pero yo digo: ¿no es mucho más preferible el oír una bella voz agradable que acaricie sin saber de quién es, a oír una voz que haga perder toda la poesía de la película y de la romanza que se canta?

Es mucho preferible oír un doble, a oír la voz desafinada y pequeña de Lupe Vélez. En la canción del «Lobo», por ejemplo. Y no hablemos de la voz de Ramón Navarro.

Después de todo el reclame que se hizo acerca de su voz y acerca de que cantaría ópera en Berlín, supimos, con la mayor desilusión del mundo que Ramón Navarro en «El Pagano» luce una voz atiplada y sentimental, digna de una niña cursi. Y naturalmente que entonces echamos de menos a un doble que interpretara mejor las canciones que Ramón Navarro.

Claro que a todo esto puede recordarse aquel cuento de una muchacha que lavaba en un lugar cercado por una pared. Fuera de la pared oyó una voz maravillosa cantando. Al cabo de un momento, por encima de la pared, apareció la cabeza de su novio. La chica se extrañó de la bellísima voz de su prometido.

—No era yo el que cantaba—confesó éste.

CRITICA SEMANAL

LA mujer y el muñeco.—Es una novela estilo español, interpretada perfectamente por Conchita de Montenegro.

El argumento es bastante bonito, se trata de un rico español, Mateo Díaz, muy conocido por sus éxitos entre las mujeres. Mateo se enamora de una muchacha que ha visto en un tren. La sigue hasta Sevilla, donde la corteja asiduamente, hasta que habla con la madre de ella. Pero Concha, enamorada de otro hombre, no se deja besar ni la punta de los dedos. Ante esta resistencia, Mateo la llena de joyas, de castillos, de trajes; pero Concha está impasible. Hasta que un día él, furioso, la pega y entonces accede a ser su mujer. Pero su dicha dura poco, porque concha le huye; la vuelve a encontrar después bailando en un cabaret. De nuevo se siente atraído hacia ella; pero Concha se ríe de él, y el film termina con un cuadro de Goya de cuatro mujeres haciendo saltar sobre un tapiz a un hombre... ¡al muñeco! El film, en conjunto, bien interpretado y bien hecho.

Los Taciturnos.—En este film vemos de nuevo a Michele Norly y a Jean Dhelly reunidos. Es una buena creación, pero, como el título lo indica ya, algo taciturno, no muy agradable.

La chica de la calle.—Es un film sumamente encantador, aunque algo convencional, interpretado a maravilla por Betty Compson, a la que volvemos a ver siempre joven y siempre agradable. Tiene una role de mujer ingenua, de niña casi. Ronald Colman tiene el papel de hombre rico, príncipe que se enamora de la ingenua. En común, un film agradable, casi enteramente hablado, pero del cual con seguridad no veremos más que la versión muda.

El final de Mrse. Cheney.—Una película interpretada por Norma Shearer, en la cual luce sus aptitudes artísticas más que en ningún film. En este film, además de ser artista, nos muestra la gentil Norma una voz lindísima... si no es doblada.

El argumento, fácil y sencillo, es agradable, y no hay duda de que dicho film gustará mucho. Al lado de Norma vemos a Basil Rathbone y Georges Barruad, que están espléndidos también.

—¿Pero al menos la letra sería tuya?

—Tampoco...

—Pues entonces, ¿qué es lo que es tuyo?

—¡Tú verás! ¡La idea!

Exactamente podemos decir de las películas habladas, que, a pesar de todo, sufrirán un menoscabo con todas estas historias famosas de los dobles que nunca nos permitirán saber si cantan los artistas o sencillamente hacen como nosotros... escuchan cantar.

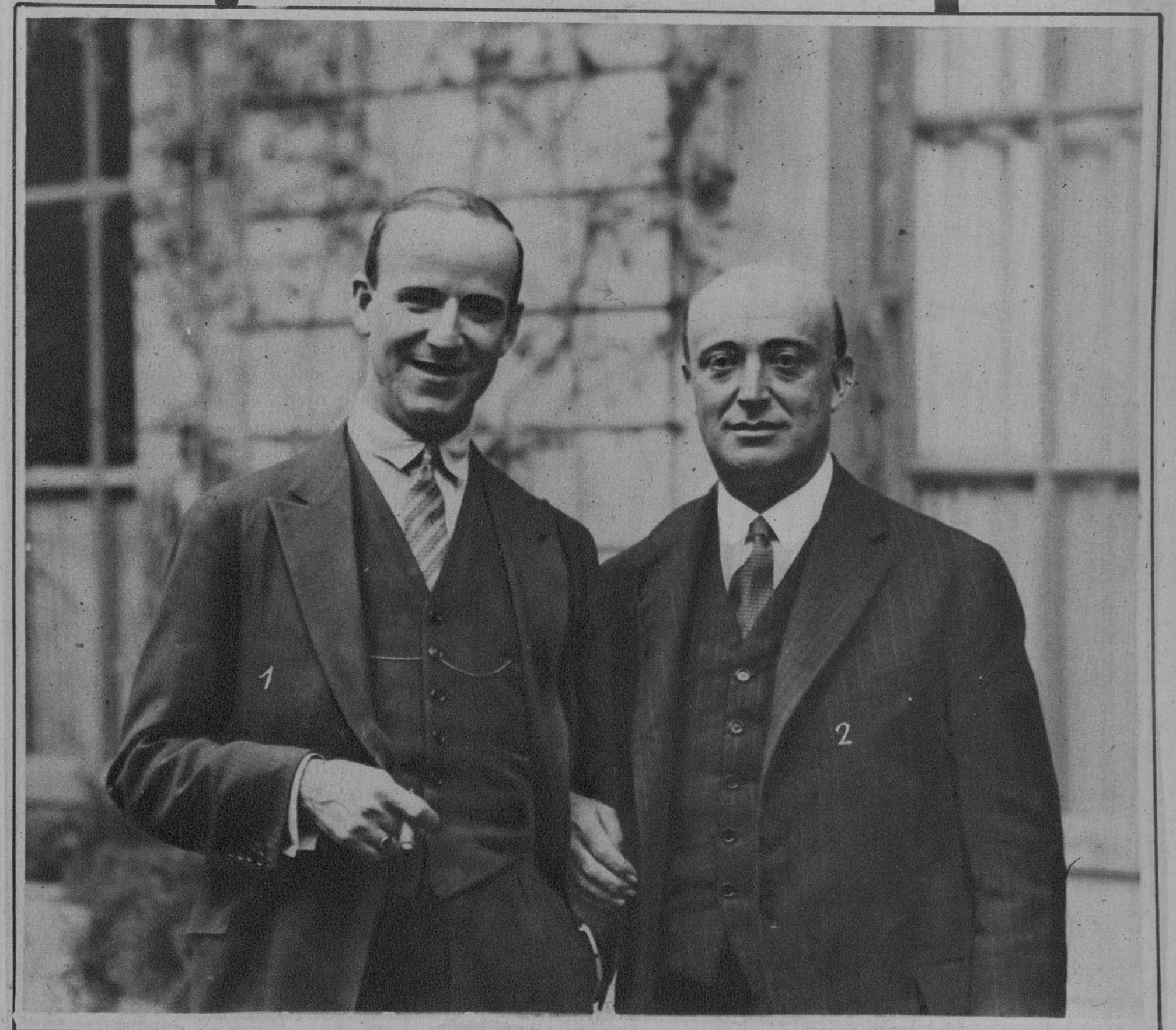
CHIP



BIOGRAFIA DE ARTISTAS CELEBRES

¡Brigitte Helm! Su mirada misteriosa e insondable nos ha hecho pensar más de una vez en el misterio de la esfinge. Como ella permanece Brigitte Helm misteriosa, y como ella nos da qué pensar, si el misterio que encierra es bueno, angelical o, sencillamente, demoniaco. Los ojos de Brigitte Helm tienen siempre y según a voluntad de ésta, unas luces inquietadoras de mujer apasionada y fatal. Brigitte Helm empezó, hace cuatro años, su carrera artística, con éxito, pero no se dió a conocer hasta que filmó el difícil papel de Maria en «Metrópolis». Fué su primera creación, que alcanzó, según ella, un éxito insospechable. Brigitte Helm, con «Metrópolis», consolidó su fama de artista, subiendo de una sola vez casi todos los peldaños de la gloria, tan inaccesibles de costumbre. Posteriormente Brigitte Helm ha filmado «Mandrágora», «Manolescu», «Escándalo» y «La mentira maravillosa de Nina Petrowna». Todas ellas son verdaderas obras de arte, pues en cada film nos da a conocer las diversas personalidades y los diversos sentimientos que pueden encarnar sus ojos, los maravillosos ojos de Brigitte Helm.

CHIP



Sr. M. Messen (1), director-gerente de la Paramount, que ha presentado el primer film sonoro en Barcelona, «La Canción de Paris»

D. E. Gurt, director-gerente de los Artistas Asociados, que ha presentado el primer film sonoro en Madrid, «La Melodía del Amor»

(Fot. Badosa)

¿El público quiere films sonoros?

NO se sabría imaginar la revolución que el film sonoro ha traído en Hollywood! Parece incontestable que al menos durante un par de años será el amo absoluto. ¿Pero la época de moda pasada, cuál será el veredicto definitivo del público? ¿Querrá aún ver talkies? Hollywood el mismo está dividido. Charlie Chaplin ha anunciado que nunca haría talkies, un periódico dice que está estudiando la proposición de una casa de cine, que le ofrece un millón de dólares para cambiar de opinión. Hace algún tiempo, John McCormick declaraba que nunca Colleen Moore filmaría películas habladas. Y esta artista ha filmado ya talkies.

Esta revolución ha consagrado y ha arruinado muchas carreras artísticas, que merecían mejor suerte a decir verdad. Pola Negri ha tenido que volverse a su país, mientras que Bessie Love ha pasado en primer plano. May Mac Avoy está dejada de lado, mientras que el ídolo del público es actualmente Warner Baxter.

May Pickford, a la que contábamos no ver más en la pantalla, aparece más seductora que nunca, mientras que el porvenir de la bellísima Greta Garbo, Nils Asther y Emil Jannings, aparece sumamente incierto. De Broadway ha venido un enjambre de bailarinas y cantantes, que esperan la opinión del público. ¿Estrellas conocidas y cine mudo o bien estrellas desconocidas y ruido?

Hace poco, el público se disputaba para ver el primer film hablado de Clara Bow. Y si bien Clarita es una favorita del público, nunca sus fans habían alcanzado tanta popularidad ni suscitado tantísima curiosidad. Y sin embargo, cuando un cine de Los Angeles anunció que sólo daría películas habladas, el público exteriorizó su descontento.

Si se mirara solamente las recaudaciones que en los cines hacen las películas sonoras, el resultado sería concluyente y sin discusión. Los Warner que estaban muchas veces cerca de la quiebra, han ganado este año cerca de once millones de dólares con las talkies.

Jesse Lasky no se pronuncia todavía.

—No hay duda—dice—que desde el punto de vista novedad, ha sido un gran éxito comercial. A medida que esta novedad se gasta, se empie-

zan a encontrar defectos. Es a esto, creo yo, que se debe una parte de la opinión del público. Cuanto a pronosticar la supremacía del cine hablado sobre el mudo. ¡Esto no!

Es una incógnita que solo se despejará de aquí a unos años.

Fannie Hurst célebre escenarista, dice que en parte la resistencia del público, se debe a que es conservador siempre y se resiste a admitir tanto progreso.

La mayoría de los críticos se burlan de las talkies y pronostican que pronto el público se cansará de las voces nasales y cavernosas, así como de la nuevas caras que el cine hablado ha impuesto.

El «Film Spectator», el periódico más independiente que tenemos, desde el punto de vista de cinematografía, hace una campaña violentísima contra las talkies. Y hace siempre la misma inquietadora pregunta:



—¿El público querrá talkies?

Para resolver la cuestión, Carl Laemmle pensó el hacer una encuesta por medio de un periódico, y de las cartas que se recibieron, la mitad, unos favorables y otros contrarios.

El tío Carl, de todos modos va a probar otra cosa. En dos teatros distintos, en uno dará la versión hablada de Broadway Melodie, y en el otro, la versión muda.

Todo esto es extremadamente turbador. Aquí, en Hollywood, nadie o casi nadie tiene una opinión fijada ya. ¿Qué saldrá de todo este caos?

Los directores, los más listos, lo ignoran todavía, y bien que emplean enormes sumas en equipar sus estudios, se preguntan, no sin cierta inquietud, si el público con su veredicto, ratificará sus esfuerzos.

EL RÉGIMEN RIGUROSO DE LOS ARTISTAS

LOS artistas hacen régimen?, se me ha preguntado una porción de veces. Naturalmente, hacen régimen y muchas veces tan riguroso, que sólo tenemos que ver el ejemplo triste de la llorada Bárbara La Marr, y, últimamente, de la gentilísima Mariette Millner.

El régimen es cosa sabida que hace parte, por decirlo así, de la vida y entrenamiento artístico de los que quieren llegar a ser alguien en la pantalla.

Ahora bien; más que saber qué régimen hacen, ¿no sería curioso saber lo qué más añoran y no pueden comer? Veamos lo qué contestan a esto varios artistas a los que se les ha preguntado sobre el particular.

GRETA GARBO

—Lo que más me duele no poder comer son los pasteles, que me gustan muchísimo. El dulce es algo que engorda soberanamente y, por lo tanto, está excluido. Muchas veces pienso en hacer fortuna y retirarme del cine para poder comer lo que me venga en gana.

CLARA BOW

—No tengo que hacer mucho régimen visto que ya estoy algo delgada por mí misma. Naturalmente que de todo no podemos comer, pues entonces lo que sucede es que la báscula aumenta rápidamente. Lo que siento no poder comer es mucho pan... Me gusta mucho y me veo reducida a comer únicamente unas porciones... pesadas por día. ¡Es algo terrible!

JOAN GRAWFORD

—A mí no me molesta el hacer régimen, porque no me priva de comer aquello que más me gusta en el mundo: la fruta. Tengo una verdadera locura por la fruta fresca. Almuerzo, como y cenó siempre a base de fruta.

SALLY STARR

—¡Oh, el régimen! Es algo terrible; amarga nuestra vida, puede usted decirlo. Lo que más siento es no poder comer todos los bombones de chocolate que me vendrían en gana. ¡Pero estos directores son tan terribles!

SALLY BLANEY

—El régimen es algo que me molesta mucho de seguir, pues soy sumamente caprichosa y siempre quisiera comer lo que me viene en gana. Naturalmente, usted comprenderá si me ha de ser agradable, visto esto, el tomar mi comida pesada y medida para cada día, justa para que no me suceda lo que sucedió a Bárbara.

BESSIE LOVE

—Efectivamente, yo hago régimen también. Y, naturalmente, hay dos cosas que no puedo comer. Son las harinas y las muchas grasas. Y a decir verdad, yo viviría de éstas últimas. ¡Todo asado siempre! ¡Pollo, carne, pescado, siempre todo asado! ¡Diga que estoy cansada y que cualquier día asaré a mi director!

¡Carambita con la impetuosa Bessie!

Sheherezade

REPARTO

Nicolás Koline, Ali.
Iván Petrovich, Achmed.
Gastón Modot, Hussein
Falkenstein, Astrólogo.
Marcela Alban, Zobeide.
Agnés Petersen, Gulnare.
Dita Parlo, La esclava.

ALI, zapatero del Cairo, poseía una magnífica flauta mágica, que le dió en pago un cliente. Cuando tocaba esta flauta, todos los que le rodeaban bailaban en seguida. Inclusive Fátima, su mala esposa, no resistía a sus encantos.

Pero un día Ali se cansó de su vida al lado de la mala mujer que lo maltrataba. Decidió huir. Se embarcó una noche en un velero que hacía rumbo a Oriente.

El velero estaba en alta mar ya, cuando fué descubierta la presencia de Ali. No sabían qué hacer con este viajero clandestino, cuando le permitieron quedarse como servidor de un gran príncipe indio, Achmed, que viajaba a bordo. Durante la travesía, de repente, una imprudencia pegó fuego al velero y naufragó el buque.

Ali se echó al mar, y nadando llegó a un islote, donde se acomodó para dormir. El tal islote era únicamente la espalda de una ballena enorme que, nadando, lo dejó a tierra.

Ali se despertó allí rodeado de una tropa de guardas.

En efecto, un astrólogo del país había pronosticado que aquella noche llegaría un príncipe al país. Este no podía ser otro que Ali. Se le elevó a la compañía del sultán y se le presentó a su favorita Zobeide y a su hija Gulnare. Ali no tardó en ver que las dos mujeres estaban enamoradas de un cautivo que había en palacio. Su sorpresa fué grande cuando vio que se trataba de su amo Achmed. Este había dado con sus huesos en la misma playa que Ali, pero había sido tratado con diferente cariño, haciéndolo cautivo. Ali juró salvar al príncipe y una noche se dirigió hacia su celda para sacarlo de allí.

Entonces vió como el intendente Hussein quería arrastrar consigo a la princesa Gulnare. Achmed, que había logrado salir de su cárcel, combatió energicamente contra Hussein, matándolo y volviendo a palacio con Gulnare. Pero la celosa Zobeide acusó al príncipe de haberse evadido e intentado raptar a la princesa, por lo que Achmed fué condenado a muerte. Pero Ali velaba por él. Logró conquistar al astrólogo y una noche facilitó la evasión de Achmed y Gulnare.

Pero fué inútil, los dos jóvenes fueron perseguidos y alcanzados de nuevo. Ali no sabía qué hacer, cuando se encomendó a un genio para que éste hiciera el milagro. Efectivamente, el genio hizo surgir diez mil camellos

Mis recuerdos de América

DESPUES partimos para Hollywood. No se comprende, verdaderamente, la grandiosidad de los Estados Unidos más que cuando se ha atravesado de Este a Oeste su territorio. Así se tardan más de cuatro días de tren para ir de Nueva York a Los Angeles. Naturalmente, esto dará idea de los paisajes distintos y enormes que en cuatro días de un tren expreso, puede verse.

Cuando llegué a la ciudad de Ho-



llywood fuí maravillosamente bien acogido por todo lo que hay de artistas y directores.

Los americanos tienen una simpatía y una amistad tan cálida, que en realidad es el tónico mejor que existe.

Podría citar nombres de artistas que me dispensaron la más calorosa acogida allí: Douglas Fairbanks, Mary Pickford, Adolfo Menjou y Charlie Chaplin.

Los Fairbanks son los grandes aristócratas de Hollywood.

El buen humor, la cordialidad

destinados a apaciguar las iras del sultán. Pero un criado traidor contó al sultán quién era Ali. Furioso, el señor condenó a muerte al pobre Ali también. Este entonces se acordó de su flauta mágica y empezó a tocar, viendo con sorpresa como bailaban todos, desde el sultán a los guardas...

En este preciso momento Ali fué sacudido violentamente por la espalda:

—¿Quieres volver al trabajo, perro perezoso... poeta?

El pobre Ali había soñado, y su terrible Fátima se había encargado de volverlo a la realidad.

CHIP

siempre elegante de Doug, la gracia y la inteligencia fina de Mary hacen de la suntuosa villa en que habitan, en Beverley Hills, un lugar de reunión de los más agradables.

No crean que en su casa se den fiestas de gran etiqueta, ni que terminen muy tarde por la noche. Los artistas y directores trabajan demasiado por la mañana para velar por la noche. El salón de los Fairbanks es un salón algo burgués, si se permite la palabra.

Si Doug, para probarse a él mismo su agilidad salta sobre una silla, nadie se extraña, esta acrobacia no turba a nadie. Douglas es siempre Douglas.

El y Mary fueron para nosotros los amigos más atentos y más escuchados. Desde nuestra llegada allí nos tomaron bajo su protección. Querían absolutamente que estuviéramos con ellos en su casa, esperando encontráramos una casa para nosotros.

Así los dos endulzaron nuestros primeros choques con las tierras, en las cuales éramos completamente extranjeros.

Douglas me dió las indicaciones más precisas en todo lo que concernía a mi nuevo oficio, y me indicó la manera de tratar a mis camaradas y a mis directores. Mary guiaba a Ivonna, y las dos fueron pronto las mejores amigas del mundo.

Con Douglas hemos hecho paseos maravillosos, hemos nadado juntos en su piscina, hemos pasado días enteros sin que el menor desacuerdo surgiera entre nosotros.

Los admiradores de Douglas y Mary deberían saber que en su vida privada son tan o más agradables que en la pantalla.

También veía a menudo a Charlie Chaplin. Aunque sea muy amable es menos camarada que Douglas. Si hay días que es de una alegría sencillamente exuberante, hay otros en que cae en una tristeza negra que nadie puede disiparle. Lo he visto un día en una reunión dejar de hablar de repente, y alejarse de nosotros, moralmente, leguas de distancia. Y también hay que decir que todos nosotros, instintivamente, dejamos de hablar. Respetamos todos el sueño lejano de Charlie Chaplin.

MAURICIO CHEVALIER

(Continuará.)



RICHARD ARLES Y FAY WAY, EN ESTA ESCENA DE «LAS CUATRO PLUMAS», EN LA QUE INTERPRETAN LOS PAPELES DE PROTAGONISTAS, OBTIENEN UN MERECIDO EXITO. SU LABOR ES, EN TODOS LOS MOMENTOS, UN PRODIGIO DE REALISMO



HE AQUI A JANET GAYNOR, PREPARADA PARA LA ESCENA MAS TRASCENDENTAL DE SU VIDA. CON ESTE SENCILLO VESTIDO COMPARECIO ANTE EL JUEZ Y LAS AUTORIDADES ECLESIASTICAS PARA CONTRAER MATRIMONIO CON EL ABOGADO CALIFORNIANO, LYDELL PECK. LA FELIZ PAREJITA HA SALIDO CON RUMBO A LAS ISLAS HAWAI, DONDE DISFRUTA EN ESTOS MOMENTOS DE SU LUNA DE MIEL

LA BELLA MARJORIE WHITE SE HA DEJADO REPRATAR EN LA INTIMIDAD DE SU ELEGANTE CAMERINO. SUGERIMOS QUE MAS QUE CAMERINO DE TRABAJO SERA SALONCITO DE VISITAS LA COQUETONA HABITACION EN QUE LA ACTRIZ DE FOX FILMS OFRECE A SUS ADMIRADORES EL ENCANTO DE SU RISA...



¿A QUIEN DIRIGIRA LA HERMOSA DOROTHY MACKAILL TAN PELIGROSA MIRADA? NO SABEMOS SI ENVIDIA O COMPADECER AL MORTAL QUE LA RECIBE. PERO ANTE LOS ENCANTOS DE LA GENTIL «STAR» QUE TRIUNFA EN TODAS LAS CINTAS DE SELECCIONES VERDAQUER, EN LAS QUE FIGURA COMO PROTAGONISTA, NOS DECIMOS POR LA ENVIDIA



NO TODO HAN DE SER QUEBRADEROS DE CAREZA EN LOS ESTUDIOS DE CALIFORNIA. HE AQUI A VARIOS ARTISTAS DE CARTEL ENTRETENIENDO SUS OCIOS DE LA MANERA MAS INOFENSIVA. JEANNETE LOFF, INVITADA A TOMAR PARTE EN LA PARTIDA, HA REHUSADO HACERLO... PERO NOS TEMEMOS QUE NO TARDARA EN COMPARTIR EL JUEGO CON SUS ALEGRES CAMARADAS



UN NUEVO ACTOR DE LA FOX FILMS, QUE HA TRIUNFADO EN TODA LA LINEA. SE LLAMA DOUGLAS GILMORE, Y POR SU TRABAJO, LLENO DE REALIDAD Y SENTIMIENTO, HA GANADO EN BUENA LID EL LUGAR QUE A MUCHOS CUESTA TANTO ALCANZAR... ENTRE EL BELLO SEXO TIENE DOUGLAS GILMORE SUS MAS ENTUSIASTAS PARTIDARIAS



MARY PICKFORD, LA GENIAL INGENUA, PASA SUS VACACIONES EN ALEMANIA. EL OBJETIVO LA HA SORPRENDIDO PEDALEANDO POR LAS CALLES DE BADEN BADEN, DONDE, LIBRE DE LA TIRANIA DEL ESTUDIO, PASA DESAPERCIBIDA, COMO UNA INSIGNIFICANTE BURGUESITA



ADOLFO MENJOU Y SU ESPOSA, CATALINA CALVER, FOTOGRAFIADOS EN EL HIPODROMO DE LONGCHAMPS. EL CONOCIDO ARTISTA CINEMATOGRAFICO GANO 2.800 FRANCO, APOSTANDO SOBRE UN CABALLO «OUTSIDER», QUE VENCIÓ EN LA CARRERA

La carrera amorosa de John Gilbert

EL HOMBRE PHEDESTINADO

ERA en un Estudio de California donde unas sugestivas girls vivían y removían alegrías en una atmósfera cálida y pesada de perfumes y pinturas.

Un chico guapo entró. Con ojos negros y sonrisa encantadora, adelantóse hacia las bonitas mujeres, que lo rodearon alegremente. Era John Gilbert.

—¡Hello John! ¡Por aquí! ¡Vas a conocer tu destino!

Una gitanilla tenía la mano de una mujercita rubia y bella, a la cual pronosticaba alegrías y penas.

—¡Ahora a ti, John! ¡Da tu mano! John Gilbert dió su mano.

—Yo veo—dijo la gitana—un camino accidentado y luminoso. Veo obstáculos en el camino. Pero ninguno bastará para entorpecer tu camino hacia la gloria y la fortuna. Veo, sobre todo, una vida de gran amante, un corazón ofrecido y recobrado muchas veces. Anillos que se cambian..., uniones que se rompen. Es un hombre amante el que está aquí.

Y, señalando con su dedo la frente de Gilbert, añadió:

—Tú amarás, tú vencerás hasta el día que...

Pero las risas y la algarabía de las «girls» impidieron saber lo que pasaría un día.

Y así tuvo Gilbert una idea de su porvenir.

UNA MEDIDA PARA NADA

Actor, «metteur» en escena, debutó pronto, escribiendo pequeñas historias que tenían mediana aceptación. Las realizaciones de sus novelas eran tan raras como los dólares. Entre los proyectos que invadían el cerebro de Gilbert y los papeles que llenaban su mesa, entre las luces artificiales de los Estudios, un idilio surgió. Una bella muchacha supo interesarle. Se amaban, pero se cansaron bien pronto los dos de una vida que estaba suspendida a la aceptación poco probable de los escenarios de Gilbert. La muchacha recobró su libertad. John la suya, que era alegre y fácil, a pesar de sus amarguras profesionales, que eran muchas. Dejó los escenarios para ensayar la venta de automóviles; ante el poco éxito dejó los autos y volvió a los escenarios, pequeños juegos y cambios, que daban variedad, pero poquísimo dinero.

LA DOLOROSA PEQUEÑA HISTORIA

Un día, domingo radiante, John se sintió solo y decidió pasar un día so-

bre la playa de San Mónica. Cabarets, música, danza, todo lo que faltaba para conjurar la mala suerte. Como llegaba sobre el viejo puente, reconoció a su amigo Langton Gillette con dos girls. Las presentaciones fueron rápi-

das y cordiales. Langton guardó su partenaire y ofreció la otra a Gilbert, que se apresuró a aceptar.

Era una muchacha delgada y fresca como convenía a un domingo como aquel.

John explica la escena con su humor habitual:

—Habíamos tomado cuatro sillas, cuatro vasos y una botella de scotch. Habíamos tomado también la determinación de divertirnos. Pequeñas bromas al principio, acompañadas por el saxofón. Mi compañera se llamaba Effie y cuando oyó las primeras notas de un baile, me arrastró. Cantaba el aire del baile sobre mi oreja, y yo me sentía encantado. La música paró. Ella me miró y me dijo:

—Es usted amable. Contesté aumentando:

—¡Es usted divina!

Tuve curiosidad por saber qué creía ella de mí.

—¿Me había visto ya otra vez?

—Sí, en el estudio, y había notado que hablaba usted duramente a todo el mundo.

Le expliqué mi timidez en presencia de personas a las que no conocía. Effie tuvo una mirada provocativa y repuso:

—¿Es usted tímido?... ¿Lo es de veras?

Me incliné hacia ella y bruscamente la besé en la boca. ¡No era tímido entonces!

Así empezó alegremente una historia dolorosa.

—¡Me había visto ya otra vez?

—Sí, en el estudio, y había notado que hablaba usted duramente a todo el mundo.

Le expliqué mi timidez en presencia de personas a las que no conocía. Effie tuvo una mirada provocativa y repuso:

—¿Es usted tímido?... ¿Lo es de veras?

Me incliné hacia ella y bruscamente la besé en la boca. ¡No era tímido entonces!

Así empezó alegremente una historia dolorosa.

—¡Me había visto ya otra vez?

—Sí, en el estudio, y había notado que hablaba usted duramente a todo el mundo.

Le expliqué mi timidez en presencia de personas a las que no conocía. Effie tuvo una mirada provocativa y repuso:

—¿Es usted tímido?... ¿Lo es de veras?

Me incliné hacia ella y bruscamente la besé en la boca. ¡No era tímido entonces!

Así empezó alegremente una historia dolorosa.

PRIMEROS FUEGOS

Los días que siguieron fueron maravillosos. Todo era mágico. La montaña, el mar, el cottage de Effie. Gilbert hacía versos y por la noche los decía a su amada, que guardaba el secreto de su amor. Y por esto nadie, o casi nadie, conocía su dulce aventura. Y por aquellas épocas William Hart propuso a Gilbert el filmar «Hell's Hign».

Mientras trabajaba, tenía la sensación de que Effie me miraba fijamente como para criticar mi trabajo.

Cuando la escena estuvo terminada corrí a Effie.

—No me mires así mientras trabaje. Me impacienta mucho.

Sus labios temblaban...

—¿Por qué, John mío? ¡Estoy tan orgullosa de ti!

Pero el cáncer del descontento había hecho presa en mí.

La amaba aún y estaba a punto de no amarla ya.

Una mañana tomé el car con ella. Y allí, pausadamente, sin grandes frases, le expliqué que no la quería ya. Ella sonrió tristemente y no me contestó nada. Cuando llegué al estudio me estrechó la mano vivamente sin decir nada y se marchó, sin volver la cabeza. Era desdichado, pero estaba libre.

Algunos meses después, en un film de gran espectáculo, un balcón se desprendió con gran ruido. Corrí al sitio del accidente. Sacaban a una mujer muerta. Sus ojos estaban cerrados y su cara terriblemente pálida. Algo se desgarró en mi corazón... ¡Effie!

Dos chicos se la llevaron. Me sentía culpable. Recogí un guante del suelo que era de ella. Es todo lo que he guardado de la dulce Effie, que fué mi primer amor.

JOHN GILBERT

(Continuará.)



JOHN GILBERT

James Cape

ARGUMENTO DE PELICULA

La Señora Embajador

REPARTO

La señora Embajadora, Mady Christians.

La princesa Petra, Diana Karenne.

Su excelencia el conde Geza, Peter Leska.

CAPITULO PRIMERO

EN verdad es un escándalo... Es el peor de todos los escándalos. Es tan secreto, tan escondido, que... la corte entera se ocupa de él. Y los comentarios van a su mayoría desfavorables.

No hay manera de poner siquiera en duda lo que se comenta. Basta ver la frente arrugada del marqués de Ribet Thalassa para comprender que es cierto lo que se susurra.

La exquisita, la dulce princesa Petra de Silesia desea vender su isla de Petrasia.

¿Por qué esta venta? ¡Como si los Estados de Silesia fueran tan grandes que para recortarlos todavía!

Todo el ejército está aquí..., cuatro oficiales...; toda la magistratura..., cuatro jueces, y, finalmente, toda la cámara, compuesta de seis miembros, están impacientes hablando del detalle horrible. ¡La princesa Petra venderá su isla al que mejor le pague!

El tiempo pasa..., la gente se impacienta, es que si la princesa es adorable, se le reprocha, sin embargo, el retrasarse cada día y dar a las once las audiencias que están fijadas para las nueve.

¡Las once y cuarto! Un gran movimiento agita los grupos que murmuran... La puerta de los salones privados se abren y aparecen los maestros de ceremonia con la frase ritual:

—Su Alteza pide, en los salones, en audiencia al marqués Ribet Thalassa.

¡Ah!, dichoso marqués; ¡cómo le envidia la corte por su dicha, que pronto sabrá el qué de escándalo que agita Silesia!

El envidiado marqués tiene en el preciso momento una cara poco alegre. Entra con el ceño arrugado en las habitaciones de la princesa. Pero, ¿cómo guardar severidad ante una encantadora mujer que sonríe a la vista del diplomata?

Tendida sobre un canapé, vestida con un exquisito traje que viene directamente de París, la princesa fuma un tabaco dorado y delicioso.

En seguida se dirige al marqués:

—Y bien, marqués..., ¿nuestros embajadores?

Su excelencia el canciller está turbado y apenas puede contestar.

—Alteza...

¿Llegan o no?

—Creo poder informar a su Alteza que llegarán en el exprés de la mañana.

—¡Ah!—exclama la princesa Petra.—¿Llegan en nuestro carretón?

No puede darse cuenta la princesa de la expresión entristecida del marqués al oír nombrar el exprés carretón.

—Así no tendremos que esperar más—prosigue la princesa—Era tiempo ya que mi arquilla entrara en convalescencia. ¡Estaba muy enferma, señor marqués!

La princesa se ríe alegremente y continúa:

—Pero, señor canciller..., ¡qué cara tan severa tenéis!

El momento terrible ha llegado. El gran canciller no sabe cómo hacer reproches y reflexiones a la gentil y burlona soberana que tiene el cetro sin despotismo ninguno.

—Su Alteza me permitirá... que... su humilde, su abnegado servidor, se permita... que cree...

—¿Qué es esto, señor marqués? ¡Hablad de una vez claramente!

—Notificaré, pues, a mi Alteza... la pena... de la corte...

—¡La corte! ¿Qué tiene, pues, mi corte?

—¡Oh, la corte, se pregunta muy respetuosamente, muy humildemente, qué necesidad tiene de vender!...

—¡La isla de Petrasia! He comprendido. Y os preguntáis seguramente vos también ¿por qué?

—¡Alteza! ¡Y una amputación parecida a nuestro territorio!...

—¡Hum! ¿Queréis conocer mi decisión? Pues vais a conocerla.

La princesa se levanta más alegre que nunca.

—¡Marqués, la causa que me obliga a vender mi isla es que no quiero parecer desnuda! ¡Eh aquí todo! ¡Desnuda..., desnuda!

Un rayo que cayera a los pies del infeliz canciller no lo hubiera dejado más asombrado.

Pero la princesa Petra seguía implacable.

—Esto es lo que sucedería, marqués, si no vendiera la isla de Petrasia. ¡No tengo nada más que ponerme! ¡Trajes que tienen seis meses..., grotescos, ridículos! ¡Estoy vergonzosa de ellos... por Silesia!

Continúa riendo más todavía y sigue:

—Con esto, mi querido canciller, los comerciantes franceses tienen costumbres deplorables y demócratas. Figúrese que me reclaman las facturas... Y urgentemente aún.

¡No tengo más que seis años atrasados solamente! La cuenta del zapatero, del joyero, de la lencería, del modisto. ¡Hay por valor de 100.000 pesetas! Ni más ni menos. Tengo todas mis cuentas perfectamente en regla.

—¿Comprende ahora, marqués?... ¡Cuentas que pagar y nada que ponerme! Ahora ve el motivo. ¡O vender Petrasia o andar desnuda! ¡Diga que no tengo razón!

Naturalmente, el marqués no puede contestar. Y después, ¿qué hombre niega razón a una mujer encantadora que le dice que no tiene nada que ponerse?

—Comprendo a su Alteza... Admiro su política... fi... financiera..., pero...

—Pero ¿qué?

—Pero—se decide el marqués—estaba completamente seguro de presentar mi dimisión en caso de venta de Petrasia.

—Y bien...; cambio de pensar, esto es todo. Y corred al encuentro de nuestro... exprés para recibir a los embajadores.

El pobre marqués, agotado, se retira y saluda.

Y después, naturalmente, convencido de las razones de Estado que obligan a vender Petrasia, corre a la pequeña estación por dos motivos, porque ama a su soberana y porque es un hombre galante.

La princesa se levanta más alegre que nunca.

—¡Marqués, la causa que me obliga a vender mi isla es que no quiero parecer desnuda! ¡Eh aquí todo! ¡Desnuda..., desnuda!

Un rayo que cayera a los pies del infeliz canciller no lo hubiera dejado más asombrado.

Pero la princesa Petra seguía implacable.

—Esto es lo que sucedería, marqués, si no vendiera la isla de Petrasia. ¡No tengo nada más que ponerme! ¡Trajes que tienen seis meses..., grotescos, ridículos! ¡Estoy vergonzosa de ellos... por Silesia!

Continúa riendo más todavía y sigue:

—Con esto, mi querido canciller, los comerciantes franceses tienen costumbres deplorables y demócratas. Figúrese que me reclaman las facturas... Y urgentemente aún.

¡No tengo más que seis años atrasados solamente! La cuenta del zapatero, del joyero, de la lencería, del modisto. ¡Hay por valor de 100.000 pesetas! Ni más ni menos. Tengo todas mis cuentas perfectamente en regla.

—¿Comprende ahora, marqués?... ¡Cuentas que pagar y nada que ponerme! Ahora ve el motivo. ¡O vender Petrasia o andar desnuda! ¡Diga que no tengo razón!

Naturalmente, el marqués no puede contestar. Y después, ¿qué hombre niega razón a una mujer encantadora que le dice que no tiene nada que ponerse?

—Comprendo a su Alteza... Admiro su política... fi... financiera..., pero...

—Pero ¿qué?

—Pero—se decide el marqués—estaba completamente seguro de presentar mi dimisión en caso de venta de Petrasia.

—Y bien...; cambio de pensar, esto es todo. Y corred al encuentro de nuestro... exprés para recibir a los embajadores.

El pobre marqués, agotado, se retira y saluda.

Y después, naturalmente, convencido de las razones de Estado que obligan a vender Petrasia, corre a la pequeña estación por dos motivos, porque ama a su soberana y porque es un hombre galante.

FIN DEL PRIMER CAPITULO

(Continuará.)

CHIP

(Continuará.)



Página 15 - 15 de octubre 1929
 EL DIA GRATICO
 Miércoles, 24 de octubre 1929
 Página 15

Eddie Quillan

SI Eddie Quillan, joven as de la P. D. C., recorre tanta distancia, cinematográficamente hablando, en los próximos tres años, como la que ha recorrido durante los tres anteriores, habrá hecho larguísimo camino hacia el triunfo. Ha logrado ya la categoría de as en la producción «El estudiante de segundo curso», representada la semana última en el Teatro Paramount, de Nueva York.

El joven Quillan es todavía un chiquillo, pero hace un sin fin de cosas con gran acierto y provoca la risa franca de millones de espectadores, tanto en la escena como en la pantalla.

Eddie tiene cinco o seis hermanas y tres hermanos. Nació en Filadelfia en 31 de marzo de 1907, y sea por coincidencia por lo que fuere, eligió la calle de Hollywood, en Filadelfia, para instalar en ella su morada.

Sus padres, irlando-escoceses, habían sido artistas de una «troupe» de zarzuela. Su cuna fué un camión guardarrópia y tuvo que dormir con frecuencia arrinconado en la orquesta, mientras su familia actuaba sobre las tablas.

Sin embargo, antes de aparecer en escena recibió una educación rudimentaria en la Escuela de San Gabriel, en el Sur de Filadelfia, y logró ser graduado con regulares notas. Sus estudios diéronle, pues, algo más que una educación corriente.

Durante la gran guerra sirvió como porta-órdenes y el comandante Payne le hizo objeto de una mención honorífica por su brillante comportamiento.

Toca perfectamente el saxofón y fué durante un corto período periodista.

En los comienzos de la temporada de 1926, los Quillan actuaban en el Teatro Orfeo, de Los Angeles, y fué por aquel entonces que Mack Sennett acertó a entrar una noche en la sala de espectáculos y les vió trabajar y se sintió muy atraído por la graciosa actitud de los tres chicos y muy especialmente de Eddie.

A la mañana siguiente Sennett envió una comunicación al teatro, pi-

diendo que los tres jóvenes artistas le visitaran en su estudio. Atendieron la amable demanda y se hizo una prueba en la pantalla. Al ser proyectada la cinta en la sala de proyecciones, los tres jóvenes se marcharon calladamente por una puerta de escape convencidos de que habían fracasado; pero Sennett no lo creía así, pues le gustó la labor de Eddie y decidió ofrecerle un contrato inmediatamente. Pero los Quillan habían terminado el suyo y se marcharon.

Las indagaciones llevadas a cabo en el Teatro Orfeo dieron únicamente por resultado saber que la tournée artística de la Quillan había terminado con las representaciones del Teatro Orfeo, en Los Angeles, y que su destino y su plan futuro eratotamente desconocidos, por lo que, sin pérdida desconocido, por lo que, sin pérdida de tiempo, Sennett encargó a varios detectives que procurasen descubrir el paradero de la «troupe» desaparecida. Pocas semanas más tarde se logró saber que se hallaban en una ciudad lejana y Sennett se apresuró a telegrafiarles que regresasen en seguida a Los Angeles.

Poco tiempo después, Eddie comenzó a trabajar en una serie de comedias, en las que llegó pronto a ser clasificado como as de la pantalla, junto con Alice Day. Hicieron diez y ocho películas de dicha serie y su éxito aseguró el porvenir del joven Quillan.

Entre tanto, Eddie llamó la atención de Cecil D. De Mille y al terminar el contrato con Sennett, se le presentó oportunidad para aparecer en la comedia juvenil «La niña sin dios», que fué su verdadero triunfo, y luego la P. D. C. le contrató para la película «Gentes de ostentación».

En esta película su experiencia del «vaudeville» le elevó mucho ante el público y la obra tuvo un gran éxito. Se le contrató entonces en la P. D. C. y trabajó con aplauso en «Geraldine». Obtuvo todavía mayor éxito en «Vecinos ruidosos», en cuya película tomaba parte toda la familia Quillan, que se repartió los laureles.

Ecós y Noticias

NOs llega la noticia de que el simpático actor francés Biscot, que tanto nos ha hecho reír en sus originales creaciones, se ha casado hace unos días en la Madeleine con Mlle. Madeleine Attar. Naturalmente, la noticia ha regocijado a todo el público amigo del buen Biscotín.

Los artistas todos coleccionan mascotas y en esto hallamos los gustos más distintos y variados. Así tenemos como Alice Roberte colecciona con la mejor buena fe del mundo los perros de terciopelo y de peluche. «Son mis fetiches», declara la gentil artista, acariciándolos con cariño. Y al enseñar toda su colección a su director, éste la felicitó y dijo:
—Al menos éstos no estorban con sus ladridos...

Anita Page tiene ideas originales. Pasando de los veinte años, jugar al tennis... saltar a cuerda, hasta pase; ipero jugar a juegos infantiles... Algo podría decir sobre esto la gentil artista, que dió una caída bastante... molesta. Pero lo peor del caso es que su director vió la caída y se propone utilizarla para algún film que está en preparación. ¡Desdichada Anita!

Dice Lupe Vélez que la encanta filmar y trabajar para la pantalla y que sería completamente feliz si solamente pudiera levantarse más tarde por la mañana, pues le cuesta una barbaridad dejar el lecho a las seis de la mañana para filmar.

Naturalmente, no es posible obtener toda las comodidades en este mundo.

Uno de los films que veremos más a gusto durante esta próxima temporada, no hay duda que será «El corazón» y «El dote», interpretados por Mary Brian y Charles Rogers. Filmando esta película se murmuró mucho sobre unos posibles amores entre los dos jóvenes artistas. Pero, por ahora, hay que confesar que sólo han sido murmuraciones de Estudio.

Idéntico caso tenemos en la pareja ideal de Greta Garbo y Nils Asther. A pesar de todo lo que se ha dicho sobre ellos, vemos que por ahora Greta se mantiene absolutamente fría y desdenosa con todos sus enamorados. ¿Qué pensará la esfinge sueca o qué esperará para entregar su corazón?

EL CORRESPONSAL DE HOLLYWOOD

INTERVIU SEMANAL

ESTA semana las entrevistas son dobles. En París han estado cuatro estrellas que valía la pena de entreviuar. Va aquí el resultado de nuestras charlas amistosas con ellas:

Hablamos, ante todo, con Mary Pickford que, al lado de su marido, obtiene unos éxitos sin precedente. Mary ha interpretado por primera vez un papel de mujer en «Coquette», film sonoro, y luego ha aportado su exquisita sensibilidad en el role de «La fiera domesticada», según una obra de Shakespeare. De todos modos, Mary es siempre la niña encantadora e ingenua que hace nuestras delicias. Está cerca de una ventana, sin trenzas, con el pelo graciosamente arreglado en bucles.

—Hablemos de trapos—nos dice sonriente—; hablemos del otoño, de automóviles... ¿Quiere usted saber algo de cine? Pues muy sencillamente diga que los talkies han abierto un campo para el porvenir inmenso. Estoy contenta de interpretar talkies y Doug también lo está...

En aquel momento el timbre del teléfono llama, e inmediatamente llegan cajas de modistos, muy significativas. No es el momento, pues, de interrumpir un sueño de coquetería que nada tiene que ver con nuestras entrevistas.

EVELYN BRENT

Para encontrar a Evelyn el trabajo fué grande. Primero fuí al Havre, donde me dijeron que había bajado en Plymouth. No era cierto y después de muchos pasos logré saber dónde se hospedaba en Pars. Fuí a verla. En el momento en que yo llegaba, ella bajaba del ascensor. Imposible acercarse a ella. Una sonrisa algo fatigada... Una mirada perdida. Iba en compañía de Neil Hamilton y George Bancroft. De momento sentí desilusión. Creía que era algo más espléndida. Pero en cuanto la vi hablar reconocí a la artista, n sus ojos expresivos y su boca dulce y atractiva. A la mañana siguiente estoy en el hotel.

Me dicen que podrá recibirme dentro de media hora. Aguardo.

De repente el portero me la enseña. Acaba de salir por otra puerta y está dentro de un auto a. Paso rápidamente empujando aun señor; su marido sin duda. Me precipito al auto.

—¡Miss Brent!...

—¿Qué desea usted?

La voz es sumamente dulce y agradable. Y parece totalmente de acuerdo con su cara inteligente y fina.

—Tengo que marchar—continúa con suave voz—; el tren marcha dentro de media hora Volveré a la primavera... Le agradezco haya venido. «I'm sorry... verry sorry».

El auto se marcha y yo me quedo algo parado todavía. Pienso que, como Evelyn, estoy «sorry»... absolutamente «sorry».

DOUG FAIRBANKS

El gran mérito de Douglas Fairbanks es, sin duda, haber llevado a nuestra época de cine una mezcla confusa de niñería y de heroísmo altamente simpáticos.

De todos modos, ante nosotros tenemos un gentleman en traje de golf y podemos certificar que no ha subido las escaleras de un salto. Ha utilizado sencillamente el ascensor.

—Sí... estamos aquí por algún tiempo. Luego Mary y yo pensamos hacer la vuelta al mundo. Nuestro último film ha sido «La fiera domesticada». Puede usted decir que estamos a la víspera de grandes transformaciones, que serán una verdadera revolución.

Preparamos la película en color relieve y sonora. Además de esto, estamos seguros de obtener una perfecta televisión.

—¿Es cierto que ha obtenido usted que Einstein vaya a Hollywood?

—Sí, es cierto. Allí podrá desenvolver sus producciones sumamente originales y creo de veras que hará milagros con las talkies.

Nos habla de Charlie Chaplin y de su drama por no querer admitir las talkies... Pero, cree firmemente que tendrá que ceder ante el invento ma-

ravilloso que son las películas sonoras.

Nos habla, además, con cálida simpatía de Chevalier, el simpático chico que en América ha conquistado las multitudes, desde los chiquillos a los hombres de cabello blanco.

Y termina haciéndonos una fiel imitación de Chevalier cantando en inglés. Luego se despide, porque le espera un amigo para ir a jugar al golf. De ahí su traje...

GEORGE BANCROFF

Aparece tal como es en la pantalla. Alto, poderoso y da en mí la sensación de mi pequeñez a su lado.

—Y bien, Mr. Bancroff, ¿su primer contacto con París?

—Glorius.

En vano busco una palabra que asimile la idea de Bancroft. Es una expresión genuinamente americana que indica toda su simpatía y toda su alegría por conocer una ciudad que deseaba ver.

Después nos cuenta sus impresiones, sus esperanzas sobre el film sonoro, que él cree de un porvenir magno.

Sus dos últimos films son «Thunderbolt» y «El Lobo de Wall Street». Dice que su deseo es abandonar por completo el tipo de bandido, del cual tiene ya bastante. Sus aspiraciones son hacerse una creación de personaje especial. Pero, naturalmente, nos parece muy difícil el verlo fuera de un rol en el que la moral juegue poco, y creemos que sus papeles en aventuras simpáticas que nos ha hecho vivir, serán muy difícil de borrar.

—Naturalmente—nos dice—, las películas sonoras son las que en la actualidad me interesan. Pero tengo la seguridad de que tan sólo estamos a un pequeño principio y que dentro de unos años el cine en color y relieve hará verdaderas maravillas...

Y éstas son las impresiones que sacamos de cuatro artistas que han venido a Europa, todos con las mismas impresiones. Encantados de sus viajes... y con firmes esperanzas para las talkies.

L. ALDER